

El nido

De vez en cuando hago estas caminatas. Me alejo de todo para poder pensar, para encontrarme conmigo en soledad. Me cuesta poder escuchar el silencio en el día. El trabajo y la gente me llena de palabras, me aturde todos los sentidos. Entonces me voy. Camino, un poco más rápido, un poco más despacio, pero todas las veces, mucho. Esta vez me encuentro en un campo solitario y arbolado. Hay pequeños grupos de árboles aquí y allá. Poco pintoresco pero lo necesariamente deshabitado como para poder disfrutarlo. El sonido de los pasos llena el silencio de la tarde. paro un momento la caminata y aspiro profundamente, hinchando los pulmones con fuerza. Entonces siento un olor raro. Rancio, como de algún animal muerto, creo. O tal vez, la podrida humedad de un tronco. Indago un poco en la cercanía y no encuentro nada. Incluso el olor parece desvanecerse. Vuelvo sobre mis pasos y redescubro el olor. Lo sigo, como un insecto a la luz. El rastro me conduce hasta el centro de una pequeña arboleda, tal vez lo más tupido en esta zona. El aire parece ponerse más denso aquí, es como un gas. Un tero grita y se aleja. No se mueve nada entre el follaje pero puedo sentir la presencia acechante. Ahora el hedor es casi insoportable, igual que el silencio. Es más fuerte la curiosidad que las ganas de vomitar, así que doy unos pasos más y lo veo.

La piel gris, de reflejos plateados y con grandes pliegues, parece no tener pelos. Los ojos desmedidos, redondos y sin párpados. La boca grande, como de un cocodrilo y dos agujeritos en el lugar de la nariz. Las orejas empiezan a crecer sobre el cráneo chato y alargado. Tiene uñas largas, muy filosas y una cola gruesa que parece de goma dura. Nació hace muy poco: aún hay restos de cáscara de un huevo verde en el improvisado nido. Cuando me descubre emite un sonido que bien podría ser gorgojo o un chillido. Lo miro, hechizado, extrañado, borracho de incredulidad. Tiene pequeñas alas aún no desarrolladas que insiste en mover desesperadamente. No

puede volar, todavía. Las patas de atrás, mucho mas grandes que las delanteras (a las que bien podría llamar manos) se doblan y estiran como intentando saltar. No para de gritar hasta que hunde la panza y eructa con un sonido grave y demasiado humano. El fétido vaho me lastima la nariz y ahora sí me hace retroceder unos pasos. Vuelve a chillar y a inflar su vientre, que parece blando desde acá. Sin embargo, vuelve a hundir la panza y eructa nuevamente, mirándome. Me parece ver un gas que sale de la boca de la bestia, como en esos días de calor, donde el aire caliente deforma las imágenes lejanas.

Quiero retroceder y caigo sentado. Realmente es efectivo como arma, estoy confundido, es el mismo efecto de un golpe en la cabeza. Tal vez este aliento sea una especie de droga que paralice a la víctima. No sé si puedo volver a pararme. Parece que mi cuerpo y mi mente están distanciados. Ha vuelto el chillido, creo que más fuerte, pero todos mis sentidos exageran ahora. Veo más brillantes los colores y el hedor invade mis papilas, mastico aire podrido. El ha logrado darse vuelta y con la inseguridad de todo recién nacido se sostiene en equilibrio sobre las cuatro patas y avanza hacia mí. Sabe que tiene el control de la situación y va a terminar conmigo. He perdido contacto con mi cuerpo. Sobrevuelo la situación en un viaje que no había experimentado hasta ahora. La bestia chilla y se acerca, mi única respuesta son algunos espasmódicos saltos y balbuceos ineficaces, mas permitidos a un animal que a un ser humano. Entonces, él se calla. Se queda mirándome y empieza a meter la panza para adentro, esta vez claramente, el movimiento es intencional. Hace fuerza para que su vientre se contraiga, lo aprieta y no respira en el esfuerzo. Cuando parece no poder hacer más, realiza un movimiento con el cuello, abre la boca y desde su interior veo venir una gran llamarada que en un momento me deja sin cabeza.